

Entre los poetas míos...



José Portogalo

CON el título genérico “Entre los poetas míos” venimos publicando, en el mundo virtual, una colección de cuadernos monográficos con los que deseamos contribuir a la divulgación de una poesía crítica que, con diversas denominaciones (“poesía social”, “poesía comprometida”, “poesía de la conciencia”...) se caracteriza por centrar su temática en los seres humanos, bien sea para ensalzar sus valores genéricos, o bien para denunciar los atropellos, injusticias y abusos cometidos por quienes detentan el Poder en cualquiera de sus formas.

Poesía ésta que no se evade de la realidad, sino que incide en ella con intención transformadora. Se entiende por ello que tal producción y sus autores hayan sido frecuentemente acallados, desprestigiados, censurados e incluso perseguidos por dichos poderes dominantes.

Se trata, en fin, de una poesía no neutral, teñida por el compromiso ético de sus autores.

Los textos aquí incorporados proceden de muy diversas fuentes. Unos de nuestra biblioteca personal, otros de Internet.

La edición digitalizada de estos cuadernos poéticos carece de toda finalidad económica. No obstante, si alguien se considera perjudicado en sus legítimos derechos de propiedad intelectual, rogamos nos lo haga saber para que retiremos los textos cuestionados.



Biblioteca
OMEGALFA
ΩΑ

Entre los poetas míos...

José Portogalo *

(1904-1973)

Se llamaba en realidad José Ananía y había nacido en Calabria (Italia). A la edad de cuatro años su madre lo llevó consigo a la Argentina, en busca del padre que había emigrado años antes. Mas el hombre había formado una nueva familia, por lo que la vida resultó dura para madre e hijo hasta que ella conoce a Portogalo, vendedor ambulante con el que forma un nuevo hogar. De éste tomará nuestro poeta el apellido, reconociendo así al que vino a ser en realidad su verdadero padre y protector.

Antes de llegar a ser periodista de los principales medios gráficos del país, tuvo que trabajar en lo que pudo: apenas con cinco años, sale a la calle con un cajoncito para ejercer como limpiabotas; luego será florista, vendedor ambulante, albañil, pintor e incluso bailarín profesional de tango. El hambre y la falta de medios y oportunidades lo endurecieron y forjaron al poeta que años después volcaría esa realidad vivida en dolorosos poemas y artículos.

Rondando sus treinta años empezó a escribir poemas y en 1935 ganó un premio municipal con el libro "Tumulto". Esta obra causó horror y fue considerada pornográfica y subversiva. Le retiraron su carta de ciudadanía y tuvo que emigrar a Uruguay. Jamás pudo cobrar el premio, pero la edición de la obra se agotó antes de su prohibición. El escándalo, no obstante, fue la mejor de las propagandas. Buenos Aires pudo conocer al autor que cantaba a los más miserables, denostaba a

* Para este apunte biográfico hemos utilizado en buena parte el texto "José Portogalo: un poeta de la luz", que puede leerse en: [La Coctelera.net](http://LaCoctelera.net): [José Portogalo](http://LaCoctelera.net)

los poderosos y mostraba al mundo una ciudad que sufría una crisis pavorosa, con altísimo índice de pobreza, corrupción y fraude.

Como periodista ejerció su labor, entre otros diarios, en “Noticias Gráficas” y “Clarín”. Sus grandes pasiones, además de la Literatura, fueron el tango y caminar por Buenos Aires.

Compartió el fervor del compromiso sociopolítico con muchos escritores de su época, inclinando sus afinidades ideológicas hacia el grupo Boedo.

La obra poética de Portogalo es un canto a los que sufren, a los humildes, a las fábricas sordidas y los suburbios grises.

Fue amigo de González Tuñón, Juan L. Ortiz, Neruda, Roberto Arlt, y otros artistas importantes de su tiempo.

De él escribió Raúl González Tuñón: “Tanto en su prosa como en su poesía, Portogalo tiene algo luminoso. Casi todos los poetas tienen una palabra que los define y los distingue, Portogalo es el poeta de la luz en todas variaciones y manifestaciones. /.../

Pasados los años, y recordando sus primeros tiempos como escritor cuestionado, Portogalo escribiría en el diario “Noticias Gráficas”: “De mí hablaban mal los pedantes de filosofía y letras, los notarios, los escritores de policía y los párvulos que escribían sonetos gongorinos. Me miraban con ojeriza los revolucionarios de papel maché encolumnados con toda la reacción”.

La producción poética de nuestro poeta se encuentra fundamentalmente en los siguientes poemarios: *Tregua*, 1933; *Tumulto*, 1935; *Centinelas de sangre*, 1937; *Canción para el día sin miedo*, 1939; *Destino del canto*, 1942; *Luz liberada*, 1947; *Mundo del acordeón*, 1949; *Sal de la tierra*, 1949; *Perduración de la fábula*, 1952; *Poema con habitantes*, 1955; *Letra para Juan Tango*, 1958; *Los pájaros ciegos y otros poemas*.

La antología de textos que a continuación verá el lector es, creemos, la mejor presentación que de José Portogalo podemos hacer.

Albañiles

Vigorous hemisferio de luz en los andamios.
Torsos que se revelan sobre la piel del aire
en toda su potencia magnífica y creadora;
anónimos perfiles que amedallan la altura
avivando el incendio del sol en las ciudades
y enfrentando la sórdida presencia de la lluvia.

Con despaciosos giros de péndulo oscilante
sus flexibles cinturas recortan el espacio
como si al gesto torvo del día le arrancaran
calladas y maduras jornadas de trabajo.

Cuando bajan los soles a tatuarle los ojos
sus voces suman cantos al pentagrama rudo
del esfuerzo, que es música matinal y sonora,
como el repiqueteo de campanas festivas
arqueadas entre el puño de un dominio de sombras.

En los pliegues sinuosos de los linos del alba
ellos son como abejas laboriosas y humildes
libando el polen fresco de las nubes rizadas.

Los inviernos les curten la piel como a la tierra
el castigo filoso del atado y las lluvias;
en tanto que sus manos, arañas silenciosas,
emplan la alegría de los rojos ladrillos
y se abultan de duras prominencias callosas.

Vigorous hemisferio de luz en los andamios;
exaltación soberbia del esfuerzo fecundo
del músculo que pulsa las alturas desiertas
donde sólo pájaros desbarbando los vientos
logran mojar sus picos con humedad de estrellas.

¡Humedad que madruga en parvas de rocío
sobre el labio entreabierto de la flor, y la hierba!

Albañiles, dedales de una labor anónima.

En vuestras manos ásperas se construyen los negros
y altísimos custodios que enlutecen la tierra
con sus graves sentencias de agresivo entrecejo.

Ah, y sobre los tablones que auscultan el espacio
vuestro ímpetu es diamante que resplandece al sol
tal la brasa encendida de la cresta de un gallo.

[Fuente: *Asalto al cielo*]

Asaltamos el alba a tiro limpio

Ramón Sender

Me trepan los insultos -mareas numerosas-
como trepan los hijos al cariño de un hombre.
Tengo las ansias llenas de ganarme en un grito.
Grito: ¡La vida es nuestra! y abro los horizontes.

Puertas de bronce viejo, de hierro remachado,
caerán cuando se agrupen las voces en un puño.
Hombres desvencijados, de espaldas a la vida:
así dancen las balas no serán de este mundo.

A los calvos de ideas, con sangre de pantano,
a los viejos que ensucian las palabras más altas,
les hago una advertencia: conmigo están los brazos
de aquellos que arrancaron de sus ojos las lágrimas.

La humildad -ese viejo mascarón- no hará suya
nuestra carne que es nudo de un clamor que echa ramas
y en sus climas oscuros, como a un árbol raíces,
nutren de savia pura los cuencos de su entraña.

Y ¡guay! del que esté en contra de nosotros, los pobres,
esos ríos de sangre, silenciosos y lentos,
que bajan hasta el pozo más hondo de la tierra,
que suben hasta el límite más alto de los cielos.

La vida es de nosotros los que hacemos la vida
a gotas de sudor, de ímpetu, de fuerza
y que jamás o nunca tenemos una cama
donde cavar la hondura de un vientre en primavera.

Nos vejan, nos explotan, nos reducen a cero,
si agitamos un grito de protesta nos castran.
Nos orinan la baba de un exiguo salario
y nos cuadran en leyes como a burros de carga.

Y hablan de La Piedad, de La Bondad, del Arte,
sacerdotes, artistas, profesores, poetas,
los que en nombre del pueblo se erigen en vigías,
¡esos hijos de puta con almuerzo y con cena!

Ah señor Jesucristo: no queremos tus frases
-panes sin levadura-, magníficas, humanas,
que no son más que frases pero que nos inhiben
y destapan, astutas, nuestros poros de lágrimas.

No queremos tus frases. Yo que vengo de abajo
y que anduve entre obreros con hambre y manos sucias,
que sé lo que es el mundo, este mundo de mierda,
te lo digo derecho: tus palabras son putas.

Al carajo con todas las parábolas bellas.
Al carajo con todos los escrúpulos sordos.
Presentemos las armas proletarios del mundo
y a tiro limpio, firmes, vaciémosles los ojos.

La vida es de nosotros, los que hacemos la vida
a gotas de sudor, de ímpetu, de fuerza,
y que jamás o nunca tenemos una cama
donde cavar la hondura de un vientre en primavera.

[De *Tumulto*]

A una mano de jornalero

Mano de jornalero que haces sobre el espacio tu mérito fecundo,
siempre serás, desnuda, frente al mundo
acre de la impiedad, ¡mano de pobre!

Mano de jornalero es esta mano;
tras ella es lumbre todo cuanto toca;
revela cielo su trabajo ufano.

Nace con sus quehaceres la alegría
y no hay aurora que el dolor apriete
si entre sus dedos un fervor porfía.

No desfallece por un contratiempo,
ni caduca su afán entre la sombra
que le depara traicionero tiempo.

Frente al despierto sol de la mañana
vibra y se agita su avivado empeño,
cuanto más alto, más blanda y liviana.

Cunde su esfuerzo, como el de un badajo
repicando insistente, cuando ensancha
su palma el duro callo del trabajo.

Mano de jornalero, mano amiga
de la herramienta que humaniza al hombre;
por ti depara sueños la fatiga,
por ella, humilde, puedo honrar tu nombre.

[Fuente: *Asalto al cielo*]

Canción con la muerte de un sueño

I

Permitidme amigos que os cante esta mañana transparente
en que la primavera da brillo a las hojas de los árboles
y en Villa Ortuzar -mi barrio- el sol tutea los ojos de los niños,
el corazón maduro de los jornaleros sin trabajo
y las cabelleras de las muchachas pobres que van a las fábricas.

Oh, mis amigos:

Hoy que arranqué la piel de cordero de mi humildad
y en mí nace un hombre que vosotros no conocéis.
Un hombre que estaba adherido a la piel de cordero de mi humildad.

Estoy libre ¡libre! del sueño de los pobres.
Esa nube violenta que nos ciega los ojos
Que nos tumba sobre un camastro de algodón
y nos transforma -como a fumadores de opio- en sacos inservibles,
tirados en un fondo de mar verdoso, como buzos ahogados,
para soñar el pobre sueño de los pobres.

Le arranqué los tornillos a mi angustia. Y amo y odio.
Amo con la conciencia limpia cómo la de los niños,
Odio con la conciencia pura como la de los pájaros.
Porque me arranqué los sueños como guantes
-la mesa servida, la casa propia, la mujer fiel-
y ando en cueros gritando mi alegre animalidad.

Oh, mis amigos:

Vuelvo a mis 12 años de edad turbulentos como un sueño de vagancia.
Cuando leía las aventuras de Salgari y las novelas de Julio Verne.
Y abrazaba a las muchachas para levantarles las polleras
y encenderlas de pudor ante mi audacia de capitán pirata sin turbante
ni mares que conquistar. No tenía súbditos que obedecieran,
pero tenía mis 12 años duros con olor a tabaco fuerte.
Y unas ganas tremendas de amar la vida.

Y una injuria despierta -sin goznes- para el más cobarde.
Y unos puños crispados que levantaban mi corazón y mi osadía.
(Cómo cantan en mí los años de la escuela. Oh, mis amigos:
Ahora que oigo el tañido suave de una campana lejana
y su mar erizado de músicas repercute en mis tímpanos como en un
caracol.

Ahora que los pregones de la calle
abren la piel transparente de esta mañana de primavera
(y en mí nace un hombre que vosotros no conocéis).

Era el más osado de la clase y Armando Casafúz, mi maestro,
una vez me abrió su confianza como una puerta de amigo.
Ese día fumé cigarrillos de 30, conocí el puerto de Buenos Aires,
y me di un atracón de vidrieras sin pensar en romperlas.
Porque era en mi libertad el niño más feliz del mundo.

Oh, mis amigos:
Entonces yo sabía organizar las revoluciones infantiles.
Gritar: ¡Viva el socialismo! ¡Abajo los que tienen plata!
Hacerles un corte de manga a los vigilantes y a los porteros.
El pito catalán a los maestros y a los Hermanos Maristas.
Y en Cramer y Mendoza trompear a los monitores por alcahuetes,
para proveerme de sueños que me aislaran de las cuatro paredes frías
de la ciudad,

y vengarme de mi cotidiana amargura:
Las vociferaciones groseras de los cocheros, los choferes, los feriantes.
Las corridas de los guardianes tuertos, o sordos, o mancos, o rengos,
en torno a las tres barrancas de Belgrano con sus héroes inmóviles,
sucios de verdín y de tiempo, donde hacían el amor las arañas,
y servían para que yo les meara con la inocencia de los ángeles.
Las vejaciones de una solterona histérica que leía a Vargas Vila
mientras yo encerraba una escalera de 50 peldaños y cantaba para
aturdirme,
o rompía las vajillas en la cocina porque ansiaba partir, partir.

Oh, mis amigos:
Aunque el corazón de mi madre me defendiera como una garra,

y mis 12 años duros con olor a tabaco fuerte bloquearan las ofensas
más turbias.

II

Y ésta es mi Elegía, camaradas:

la mesa servida, la casa propia, la mujer fiel.

Al sueño de los pobres lo arranqué con tirabuzones de aliento
y estoy de vuestra parte porque el mundo nos pertenece
bajo este sol que tutea los ojos de los niños,
el corazón maduro de los jornaleros sin trabajo
y las cabelleras de las muchachas pobres que van a las fábricas.

[De: *Tumulto*]

Canción de la Primavera del año 1934

Desde lo más hondo de las raíces se alzan los brazos de la primavera.
Y la primavera mueve todos los pájaros.

Mueve todos sus pétalos.

Mueve todas sus hojas.

Y una malla de cenizas rubias, de piel de mariposas,
ciñe los muslos del día que se levanta como un Arco Iris
y asoma sus pies descalzos sobre la timidez de los pastos;
en las campanas; sobre los trigos, o sobre las aguas.

¿Dónde nace el grito que hace que el corazón se regocije y cante
-girando como los astros, como las peonzas violentas-,
y hace que yo me acerque a vosotros y os ofrezca mi sueño
que sube por mis palabras como la primavera por las raíces?
¿Qué viento es el que, suave como los musgos,
y desprendido de los horizontes, o de alguna turbina eléctrica
me trae este grito que se rodea de puntas de sol ardiendo
que me subleva la voz como el filo de un arado la pulpa de la tierra,
y que me penetra –como una voz de mando- hurgándome las carnes?

Hay pureza de sexo virgen en la tierra que se ofrece como una
doncella.

Hay levadura de harina limpia que nos dilata los ojos y las sienas.

Oh, camaradas

¡qué lindo sería poseer a las muchachas sobre la tierra

Y ensuciarles la boca con zumo de pasto y las mejillas con zumo de
pétalos!

Envenenarles la sopa a los millonarios que duermen.

Violar los cerrojos de los conventos para besar a las monjas.

Subirnos a los rascacielos y mear los escudos del congreso eucarístico
con el beneplácito de Jesús y la venia de los ángeles;

bajo la vigilancia de las nubes y el corazón de Dios que arde en el
cielo.

Llenar las valijas de los turistas católicos con dinamita.

E irnos desnudos por los caminos del mundo.
Desnudos y alegres como el hombre que vio la primera luna,
o la mujer que nació al deseo junto a las raíces y las bestias.

Oh, camaradas,
y estamos aquí, inmóviles, en la esquina del día que arde como una
bandera.

Con los hombros caídos.
Con los brazos inútiles.
Mientras la primavera vibra como una red de peces de colores.
Y un torbellino de angustia enturbia los ojos de Buenos Aires.
Y una turba de rufianes “angélicos” inutilizan nuestra ciudad.

Se me llena la boca de gritos.
Se me llenan las manos de puños.
Se me llenan los ojos de rabia:
porque te veo inmóvil Buenos Aires, sumisa e inmóvil.
Inmóvil en la esquina del día que arde como una bandera.

Y hay bocas con hambre que gimen contra los muros.
Y hay sueños con hélices que giran contra las estrellas.
Y hay la primavera que se desviste sobre los árboles.
Mientras nosotros vamos a sepultarnos como los difuntos
en las usinas, las fábricas y los talleres:
pisando colas de serpientes vivas.
Anillos de gusanos muertos.
Y crucifijos llenos de telarañas.

¡Y en los jardines silenciosos de los millonarios que duermen
baila la primavera desnuda sobre las hierbas!

[De: *Tumulto*]

Canto a mi pan

Con pan de mi amor alimenté raíces.

De ráfaga-navío pan de nube
de noche-madrugada pan de trinos
y lágrima de pan de la pobreza.

El pan del vino aguado.

El funerario pan de los rincones.

El pan del ofendido

humillado

abolido.

En pan el pan el pan de los canteros

con el pan de los pájaros de mi alma.

Mi pan dije una vez (oh pan de piedra
trizándome los dientes)

nació del frío denso de los surcos

y del hueso pelado del rocío.

Y había una gaviota iluminada

y una espiga

de cárdeno rumor viva en mis sienes.

Había un cielo efímero

una lluvia

cenicienta y atroz con cicatrices

socavando mis yemas.

Había sin embargo dulzura de pan fresco

de gorrión despeinado de la música

que se nutrió del árbol de mi sangre

con ese ritmo sordo de cigarras

que aturden mi memoria.

Sus plumas custodiaron mis palabras

y su pico el latido de la brisa

sobre mi corazón amotinada.

Vino a mi voz en símbolo clareado

y me dio con el viento el pan insobornable

imbatible

durísimo
del mar con la cuchara de las olas
y el humo del tabaco de mi padre que ha muerto.

Cómo lo conoció mi infancia
definida
en la mejilla aireada del aroma
del abrojo del níspero del pámpano la higuera
y del libro escolar garuado en un baldío.

De pronto salió el pan salió de las arrugas
del labrador con hambre
y de la finca aérea del hornero.
Y yo
salta-alambrados
pierna al aire del aire avispa ronca
y hojaldre de los sueños
"como un ojo que ve claro" pude ver
destellando esplendores
el ojo de la vida
la inocencia del pan
y el encendido soplo de la escarcha
que preanuncia el exilio ante el abismo.
Y diría en fugaces imágenes del vértigo
primavera-gorrión gorrión-verano
y amor hilo de fragua
resplandor
caricia de agua quieta sobre el musgo.
Y mi vocabulario y mi cuaderno
perdido en un galpón
con la locomotora de un tren que nunca olvido.
Y diría también linterna humedecida
armónica herrumbrosa
y mendrugo de pan entre mis vértebras.

De pan-gorrión entonces mi esqueleto
mi barba con espuma mi calvicie

mi fulgurante lengua de pan-gorrión
alígera
y súbita alfarera de mañanas
que ha rodeado mi pecho de júbilo radiante.

Mi pan dije una vez (oh pan reflorecido
del vaho en las colinas)
izó luz infinita pan de gallos
que aseá alta la noche los molinos
y el belfo echando azufre de un potro ingobernable.
Y vi cómo del ojo de Éluard amanecía
el ojo que ve claro pan de fuego
y de raudo aletear mi pan de río
mi gorrión-primavera mi semilla
de ese pan rutilante
pan de sol.

Pan de lumbre ganado repartido.
Pan de frente rozando el horizonte.
Pan de hermano de amigo solidario
pan de voz.

(De: *Tumulto*)

Cartel

Sabemos que la tierra palpita bajo el peso de nuestros muertos.
También sabemos que a la muerte de los recién nacidos
se une la muerte de las parturientas anónimas.
La muerte de los canillitas sobre los mármoles fríos.
La muerte de los soldados bloqueados por los colores de las banderas.
La muerte de las prostitutas entre colillas aplastadas y frascos de
perfume.
Y hasta la muerte de las nubes que se transforman en lluvia:
Sobre las ciudades, o sobre los campos

La muerte que rueda por el Universo embozada como una espía,
y se aposta en cualquiera esquina del mundo, o en un zapato.
O anda como un silbido que se ha extraviado en el aire

Os lo digo camaradas: Tenemos siglos de inercia que giran entre las
manos.
Y nos vencerán como a juncos o como a hierbas si no mellamos sus
hélices.
Las voces de nuestros muertos circulan como soles que alumbran.
Yacen en horizontes que avanzan sobre planetas que dan vueltas.

A veces, con las manos crispadas
como los cuerpos de los naufragos flotando sobre el océano.
A veces con los ojos espantosamente abiertos,
como la boca de los túneles o el ojo de los abismos:
Nos aguardan sus muertes y se unen a las raíces más oscuras
Las que penetran la tierra.
Las que alimentan las ramas
Las que dan sangre al fruto.
Así, como los latidos del corazón que vitalizan la carne
Las raíces que todos ignoramos.
Las raíces que corren por las venas.

¿Hasta cuándo nos dejaremos pudrir entre los limos de la inercia?

¿Hasta cuándo empujará la noche sus bultos en nuestros ojos?
¿Hasta cuándo os dejaremos manosear como las semillas?
Y no seremos como la ola que avanza
Como la flecha que avanza.
Como la rueda que avanza.
Como el fuego.
Como el viento.
Como el humo.
Como el vivir de todos los elementos del Universo que avanza!

Os lo digo camaradas: Tenemos siglos de inercia que giran entre las
manos.

Pero yo sé que hay mañanas más allá de la sombra.
Mañanas que nos aguardan desnudas junto a las estrellas.
En las puertas del alba tupida de pájaros libres.
-Como las muchachas de las aldeas a los mozos que vuelven de los
surcos-

Para que las penetremos
Para que las poseamos
Como las raíces a la tierra que vive de la levadura de nuestros muertos.
Y dejemos entre sus labios el corazón que sangra y sueña.
E inauguramos en ellas la patria de los que no tenemos patria.

La patria de los horizontes que avanzan sobre planetas que dan vueltas.

[De: *Tumulto*]

Desdoblamiento

Un alma de hombre humilde tiene más de una Iliada

Enrique Banchs

En la boca una voz amarga y en las manos
esa angustia tremenda del jornal inseguro.
Ruedan los días tristes, opacos, sin relieves,
sólo yo muevo el día que se instala en tu mundo.

Pero no me comprendes, me piensas siempre niño;
no sabes que en mi carne sufro tu edad madura,
y cuanto más avanza tu amor en el recuerdo
más se aferra en mi entraña la raíz de la angustia.

Soy como puerta abierta para que en ella habites
y aclares tus jornadas con mi arcilla de niño
trayendo ante tus ojos la imagen de aquel día
que ocuparon mis manos un cuaderno y un libro.

Y no sabes, no sabes que el libro abrió un boquete,
como un hondazo en medio del cielo en una estrella,
y tú que nunca —¡nunca!— supiste qué es un libro
ante mí, menos hombre, te hospedas en la tierra.

Penetro tus angustias aunque siempre sonrías
y fumes tu cigarro tratando de engañarme:
Alta sabiduría la de tu amor que limpia
de impurezas de libros el temblor de mi carne.

Piénsame siempre niño que seré tu reposo,
la gota de agua pura que caliente tus párpados
cuando cansado vuelvas del esfuerzo que agota
y exangües, doloridos, se te caigan los brazos.

Piénsame siempre niño, por ella, la que nunca
parece que existiera trajinando en la casa,

la que intuye mis nieblas terribles de hombre solo,
la que hasta en sueños sorbe la acritud de mis lágrimas.

Por ella, por tu vida de pobre, siempre pobre,
haré que entre en mi carne el sol como una cuña.
Y aunque el rencor me muerda de noche las entrañas
no enturbiaré tu oído con mis palabras sucias.

Viviré entre mis nieblas arrancando los gritos
que de noche me suben —gusanos— a la lengua
para darte ese niño que piensas en tu vida
mientras mis años agrios afirman la protesta.

Alta sabiduría la de tu amor que limpia
de impurezas de libros el temblor de mi carne;
por ella hice mis voces de fervor y de sueños
y amo a los pobres diablos que son los de mi sangre.

[De *Tumulto*]

Elogio del esfuerzo

Ah, gota de sudor, perla, diamante o flor;
corazón del esfuerzo fecundo de los hombres;
semilla que florece sobre las frentes rudas
tal un trazo de estrella transparente en la noche.

Sobre las dos orillas de las cejas se engarza
como una aurora en medio de un bullicio de pájaros;
es ella la simbólica lonja de tierra fértil
donde germina el fruto de la espiga y del árbol.

Ah, gota de sudor:
eres llena de gracia por tu forma de lágrima
y de corazón.

Cuando trizas arrugas con tus otras hermanas
toda la vida es una palpitación de estrellas
hecha lumbre en las frentes que abren surcos al alba.

Frentes que son como ostras con tesoros de perlas.

[Fuente: *Asalto al Cielo*]

Film

Una vez a Nemo, "el ángel" le rompí la cabeza de un hondazo.

Yo tenía diez años y un corazón violento como mis malas palabras.
Y una voz agria y dura que sabía colarse en los tranvías
y dar vueltas en las barrancas de Belgrano seguida por los guardianes.

Él era un niño rubio y manso dejado de la mano de Dios.
Y hasta tenía los ojos húmedos de un galgo que lame las manos del
castigo.

Pactaba con medallitas de lata y se regía por una oración.
Y jamás se le ocurría pensar que a las muchachas había que poseerlas.

Pero éramos camaradas.

Yo con mi afán de romperlo todo. De socavarlo todo.
Hasta las lenguas grasosas del Río de la Plata en días de rabona.
Con mi lujosa agresividad de niño aceptada en rueda de mayores.
Con mi inocencia zumbona de pantaloncitos rotos en el traste.
Con mi alegría salvaje que tuteaba a las "señoritas".

En Echeverría y 11 de setiembre le lustraba los ojos a mi infancia.
Entre el olor y el sabor de la mañana sentada sobre mis rodillas
sacaba mi corazón y en mis manos se lo daba de comer a los
gorriones.

Esto hacía gruñir a los ingleses de piernas de palo y voz de vidrios
rotos.

Pero mi honda lograba frustrar el servilismo de los porteros.
y el corazón salía ileso porque era puro como la pepita de un carozo.

Entonces yo estaba enamorado de Perla White y de mi maestra de 3er.
grado.

Me gustaban los ojos oscuros y las pestañas rizadas de Pola Negri.
Y tenía una novia a quien le relataba las aventuras de Sandokán.
Se llamaba Pola Morera y era linda como la estampa de un libro.
Por ella quería ser William S. Hart o el capitán de "La amenaza oculta".

A mi novia le gustaban los ojos de acero de los cowboys de las
películas
y me llamaba su pequeño soldadito invasor.
Porque mi voz agria y dura dolía como una pedrada
y siempre tenía los puños listos para trizar narices.
El, con su dulzura de arcángel bajo los cornizones
en una mañana de primavera de cielo verde nube y de cartón,
yo, con mi hisopo flamígero encendiendo las mejillas de las muchachas
en una barricada de guerrillero de barrio.

Hoy Nemo "el ángel" anda por las plazas de Buenos Aires
y predica el salvacionismo con voz de Biblia y un tajo en la cabeza.
A veces se acompaña de un órgano y dice que ve a Dios sobre los
árboles
y a Cristo sobre las aguas sucias del pecado con intención de lavarlas.

Pero yo sólo sé que Nemo "el ángel" es corredor de retratos.

[De *Tumulto*]

Las voces

Trabajo sordo, intenso, de palabras oscuras, de uñas amotinadas,
de picos de buitres ávidos sobre mi entraña joven.

No es ésta una Elegía, camaradas.
Es un canto de fuerza que irrumpe mis arterias
como un torrente turbio de aguas que se desatan.

Yo no soy más que un buzo, el diente del anzuelo, el gancho de
/ la grúa,
y en mi boca se entienden los idiomas del hombre.
Se enroscan en mi lengua, filiales, amorosos,
y allí dictan sus almas densas como una fiebre.

La voz negra destapa un cuerpo milenario.
Trae vientos antiguos que se agitan unánimes.
Con fuerte olor a vida, a cielo, a musgo fresco.
De andar lento, seguro, como el de los rencores.

La voz negra disputa como un sol en los caminos.
Nos es el viejo lamento, la palabra humillada.
Es la selva que asalta gritando sus deseos.
En la copa del árbol con sus frutos maduros.

La raíz y la piedra con empujes vitales.

[De: *Tumulto*]

Los pájaros ciegos *

1

Doménico Scalise,
italiano del sur de la península,
pescador, albañil, peón en una chacra
y silbador de tangos en mi barrio.
(Villa Ortúzar entonces nacía en una esquina.
Acordeón de los patios perfumaba sus tardes,
guitarra bolichera su noche de las quintas,
una plaza soñaba, confiada, entre gorriones
y pibes que encontraban su destino en la calle.)

Cuando vine a estas tierras era un niño,
tenía un cielo de oro en las espaldas
y un pájaro en los ojos.
Un día llegué al sueño. Desde entonces
reposito en una fosa golpeado por la lluvia,
por los vientos australes y la nieve.
Cavé mi propia tumba
y al levantar los brazos miré al cielo gritando
¡viva la libertad!
Un proyectil de máuser agujereó mi frente.
Pero no he muerto, sigo respirando en el mundo.
Mi ceniza es del pueblo.

2

Fermín Aguirre, hermano del jilguero.

Desde gurí, descalzo sin letras, con un silbo,
soñé junto a la orilla del río con el cielo.

* Incluimos aquí varios poemas del libro “Los pájaros ciegos y otros poemas”, de José Portogalo, 1968

Fui tropero después. Bajo la Cruz del Sur
arrimé a mi cansancio la vigilia del sueño.
y fui además galope, temblor de brisa suelta,
incendiado de parvas y eucaliptos
con los canfos del gallo sobre el hombro.

Los pájaros venían de las nubes
-calandrias que orquestaban todo el rumor del alba,
y estaba el colibrí como un relámpago
y el zorzal con su cofre de cristal y rocío,
también estaba el mirlo con su carbón de plumas
y el cardenal, arisco, de púrpura y ceniza-.

La tarde, mi hermanita desnuda entre los cardos,
traía el corazón de las cigarras,
el sauce su pobreza
de pescador confiado en el milagro,
la noche sus harapos de vieja en los caminos.

Mi voz era la brasa de una copla
con desvelo de pueblo en la guitarra
y un saludo efusivo de boliche y galpones.

Chingolito celeste latía mi palabra.

Un día dije: -Amigos, el trigo está en mis manos,
es mío y me lo roban con sus dientes la máquina,
los silos, las planillas, las bolsas, los anteojos
y aquel «Private», espeso cubil de oro podrido.

(Entonces eran míos tan sólo la distancia,
el aire, el mate amargo, la hermosura del cielo;
tenía por almohada las ortigas,
por sábana los trapos de la noche al sereno
y por amor la copla de mis penas.)

Cuando dije «la tierra es mía, es tuya»,
alguien quebró mi voz. Ya no estaba en el día
chingolito celeste, mi palabra.

Unas gotas de sangre, amontonadas,
mojaban mi cabeza entre los yuyos.

Mi epitafio es un trébol que sonrío en el campo.

3

Fue una tarde en octubre.
La primavera entonces lucía entre los árboles
sus primeros fulgores.

Los gorriones, tan díscolos, llegaban a la fuente,
se mojaban el pico, sacudían las alas
y luego recortaban el aire con su vuelo.

El cielo estaba azul sobre la plaza,
se paseaba, inocente, en los canteros
y soñaba, después entre las hojas.

Alguien gritó:
¡viva libertad!

Junto a un charco de sangre estaba yo.
Yo Juan Pérez, asturiano, profesión panadero,
veinte años de Argentina, con tres hijos,
un río de esperanza entre mis manos,
el corazón del mundo en mi garganta
y una copla en mi pecho.

La primavera, ciega, se amontonó en mi sangre.
Desde entonces mi copla perdura entre los pájaros.

4

Viene el aires y pregunta:

-¿Quién eres tú?

La tierra que me alberga, contesta:

-Es un adolescente, asesinado

hace ya cuatro décadas y media, en una calle.

Tenía madre, padre, hermanos y un oficio.

Era digno y resuelto como un pájaro.

También era muy pobre. Sin embargo, reía

con esa risa fresca de los niños

que aman el corazón de la mañana,

la aventura, los grillos y las locomotoras

que dan el horizonte en sus silbatos.

Era igual que una ráfaga.

Su vida, o esparcida entre amigos, traía una bandera

de pan, de manos sueltas, de voces fraternales.

Su vida era un saludo de campana y de hoguera,

cordial como esa música de acordeón en la noche. ..

Su escudo era el escoplo, la garlopa y la gubia.

Quería a una muchacha con el nombre de un sueño

y al cielo que en su barrio tuteaba a las palomas,

el agua de los charcos,

las veredas, el cerco, la casa de los pobres.

Un primero de mayo, mil novecientos nueve,

un proyectil de máuser

lo tumbó sobre el barro de Céspedes,

esquina Álvarez Thomas. Se llamaba José.

Su apellido español verdece en un romero.

Viene el aire y pregunta:

-¿Quién eres tú, contesta?

-Apenas soy un hombre. La edad no la recuerdo.

Sólo sé que al nacer, mi padre, con el júbilo

de un muchacho, brindó por mi llegada.

Creo que lleva el nombre de Alem aquella fecha.

Mi destino nació señalado en la pólvora.

Viene el aire y pregunta:
¿Quién eres tú?

La tierra que me alberga, contesta:
-La mañana, infinita, en su tumba fulgura.

6

Ni siquiera recuerdo soy ahora,
sino resaca, corcho en la bahía
del último recodo.
Sin embargo, mujer de todos, tuve
mi pequeña alegría, mi dicha silenciosa;
fui la amiga ignorada de los adolescentes
que estrujaban, vehementes, la hoguera de mi cuerpo.

(Ella, la tibia ráfaga, el agua del milagro,
la media luz y el cáliz de una rosa;
los veía llegar,
súbitos abejorros anhelantes
-delirio, llama, fiebre-, desplegando sus alas, abriéndose a la vida
/como finas corolas

o beso alucinante del amor inocente,
árboles musicales de rocío y luceros,
llovizna, espuma, pájaros de su cielo perdido.)

No fui mala.

Yo caí como todas en esa telaraña
de engaños, esa urdimbre
de zapatos, de medias, de risa y automóviles;
alegre, linda, frívola, secretaria
de un jefe de oficina, me perdieron las joyas
y el temor a ser trapo de fábrica y miseria,
resignada, volcada sobre un catre,
desgarrando mis manos, mi vientre en una tina.

Ni siquiera recuerdo soy ahora,
sino resaca, corcho en la bahía
del último recodo.

Sin embargo, conservo la imagen de mis noches
de oscura prostituta que amó las mariposas
de aquel cielo de trenzas y pobreza, caído
en una callecita de mi barrio.

Una colcha embarrada, de seda, es mi epitafio.

7

Mi padre violinista, fracasó en Buenos Aires.
Sin embargo su nombre -Pierángelo- traía
«gliuccelli» luminosos de las calles de Nápoles;
Doménico Scarlatti, heraldo de sus pájaros,
clareaba el mundo denso de su infancia y sus lágrimas.

Era joven entonces. Soñó graciosos días
de niebla, de castillos azules en el aire;
quiso las mariposas, las colinas celestes,
la música del mar, las golondrinas,
el dulce resplandor de las estrellas,
las mañanas cargadas de rocío y gorjeos,
el cielo de los besos entre los abedules,
las yemas palpitantes de la espiga dorada,
el cálido rumor de las campanas, la noche
con sus hondos misterios, con sus éxtasis
y su frente caída sobre el musgo.

Amó como ninguno la gloria. Con sus sueños,
con su hoguera de lámpara, su mundo
de magia y corazones en la brisa,
nos dio después el pan y el agua de los pobres.

Clavando media-suelas lo sorprendió la muerte.

Mi madre cargó bultos. Lavaba.
Creo que fue en el Once, patio de conventillo.
Cuando murió tenía las manos como un trapo.

Mi hermana Genoveva fugó de nuestra casa.
Amaba el suave roce de la seda y el oro.
Desde entonces sus pasos quedaron en la sombra.
(Mis recuerdos de niño la esperan todavía.
La conservo en mis ojos con sus trenzas oscuras
y su fresca alegría de niña en una plaza.)

En mi pecho latía
el pesado aldabón del llanto de mi padre,
su fiebre, su agonía, su fracaso;
latía el corazón deshecho de su música,
la madera enlutada de su violín translúcido
que guardaba la imagen de mi madre.

(Buenos Aires crecía en las orillas.
Era la gran usina, el túnel gigantesco,
también la rata súbita, la tímida paloma,
la gonzúa, el prostíbulo, la calle, el rascacielo
y el pan para mis manos de araña en los tranvías)

Pude ser abogado, médico o comerciante
y fui solo un ladrón.

Mi epitafio es la letra de un tango sin posdata.

8
Los he visto morir en un potrero
rotoso, solitarios;
venían del asombro celeste de los niños
picoteando una miga de pan y dando saltos.

Fueron mis compañeros de rabona en las quintas:

discípulos del viento, despicaron
campanadas de iglesia, hicieron nidos
entre los mechinales de las obras y luego
con el cielo en sus alas, a mi plaza llegaron.

Banderitas de lata en los galpones,
los pesebres, los patios, las tapias y los techos;
hijos de la intemperie,
oscuros marineros del rocío,
tuvieron una luz: su rebeldía,
y también un amor: las calles y los árboles.

No fueron cardenales ni mixtos ni calandrias,
sino organistas díscolos, alegres
amigos del caballo, los perros, los guardianes
y los viejos que mueren cualquier noche en un banco.

Los conocí de niño en un baldío
que miraba hacia el mundo, cuando el día
andaba en un verano de chicharras
y el cielo demoraba su fulgor en mis ojos.

Y cayeron sin gloria lo mismo que los pobres.

Su epitafio se escribe en una ráfaga,
junto al pescante roto de un carro que no sirve
y al yuyo atropellado por huesos y carozos.

Sin embargo mi voz quiere nombrarlos,
porque en mi corazón los siento todavía
latir insobornables, inocentes, resueltos,
gorriones que prolongan el sueño de la infancia.

[De: "Los pájaros ciegos y otros poemas", 1968]

Poema a Carl Sandburg

*..Y las sargas anónimas de los hombres oscuros
que pelean a brazo partido con la vida
y en profundas calles de extramuros
sufren su humillación como una herida"*

César Tiempo

Cómo me alegraría, mi querido Sandburg, que estuvieras aquí,
a nuestro lado, junto a esta verja que da a una calle opaca
y sin chicos que la embarullen como a la calle de los pobres,
hoy que el frío nos agarrota los dedos,
nos humedece la punta de la nariz como a la de los borrachos.

Cantaríamos juntos, mi querido Sandburg, la canción del trotacalles.

Ya los lecheros han dejado sus botellas en los jardines silenciosos
-frágiles y sin arrugas como jardines de calcomanía-.
Por eso me acuerdo de ti cuando oigo sus carros percutir el silencio
que se tiende feliz sobre la calle opaca.

El sol insiste en no tirarnos su bufanda de lumbre para calentarnos
y el aire es tan frío y delgado que nos penetra y duele como un grito.

Atrás de los párpados de las ventanas duermen los millonarios y
sueñan.

¿Qué soñarán los millonarios en las mañanas de invierno?
Dime, Sandburg, ¿qué soñarán los millonarios de todo el mundo?
Y sus hijos, ¿qué soñarán en sus cajitas de sorpresa?

Cómo me gustaría haberme hallado en tus años
junto a tus manos pesadas, ásperas, violentas,
porque con ellas has hecho todos los oficios -como yo- y has escrito
poemas;

has volteado los vasos en las tabernas
riendo con una risa fuerte de bebedor de whisky y de guapo;
has peleado con los patrones, los porteros, los chóferes
y has acariciado los muslos de una muchacha querida para soñar.

¿Qué soñarías en las mañanas de invierno?
Dime, Sandburg, ¿qué soñarías sobre tu carro de repartidor de leche?

-Ah, pero yo soy pintor y nada remedio con estas interrogaciones
mientras mis compañeros liján los barrotes de la verja
que van como lenguas al cielo para evadirse de la soledad.

Me subiría a tu carro de lechero, de trotamundos, de abremalezas;
arrancaríamos el poema de la urbe
-caliente como raíz o el seno de una madre-
para agriarnos la voz
y blasfemar como los italianos frente a los mercados,
viendo cómo les roban la plata a los pobres turcos y a los pobres
judíos
y cómo "levantan" los bultos de los carros y de las veredas
los truhanes que ya han comprado los ojos del vigilante y los del
cuidador.

Y con Masters, el masticador de tabaco y amigo de los obreros,
y con Anderson, que antes que millonario prefirió ser poeta,
nos iríamos a mi suburbio, allí donde creció mi infancia
y gané los primeros coscorriones y los primeros centavos
y paladié el sabor de las primeras palabras sucias que no mancharon
mi alma;
donde conocí a la única mujer que me quiso
y donde estoy ahora apelotonado como un trasto viejo
vendiendo cara mi vida y mis sueños por la porquería de un jornal.

Nos iríamos Sandburg, a mi suburbio
para acechar la llegada de los vendedores de diarios
-esos ángeles pringosos que me parten el corazón con sus gritos-
cuando el canto de los gorriones hace boquetes en el aire
y el vozarrón de los gallos se riza como una viruta
en ese minuto en que las prostitutas cierran los ojos y sueñan.
¿Qué soñarán las prostitutas en las mañanas de invierno?
Dime, Sandburg, ¿qué soñarán esas mujeres
de palabras duras como sus vidas y frías como sus labios

que no queremos pero en cuyas orillas
hincamos nuestra soledad para habitarla de imágenes?
-Ah, pero yo soy pintor y nada remedio con estas interrogaciones
mientras mis compañeros liján los barrotes de la verja,
y pienso que no tengo muchacha para acariciarle los muslos
porque el jornal no me sobra y la pobreza me asedia
como el frío de esta mañana de invierno
en que el sol insiste en no tirarnos su bufanda de lumbre para
calentarnos.

[De: *Tumulto*]

Retorno

Devolvedme las malas palabras puras,
Aquellas que tuve un tiempo cuando era niño
y apedreaba las vidrieras, las casas de los burgueses
y el casco de los vigilantes,
que era un blanco magnífico para el envión de mi honda.

Aquellas malas palabras que eran mareas de sinceridad
y apuntalaban mi infancia como un cielo violento.

Devolvedme las malas palabras puras
Aquellas que tuve un tiempo cuando era joven
y hacía el amor a las doncellas que rondaban mi hombría
como barcos a vela.

Aún el estupor de la vida y la maldad de las gentes
-enguantadas en una suavidad de cáscara de cielo-
no me habían arrastrado entre la diáspora de los vórtices.

Aquellas malas palabras que eran mareas de sinceridad
y apuntalaban mi juventud como un cielo violento.
Hoy he visto morir a un hombre.
La multitud miraba curiosa, atónita, a la bestia caída.
La oreja, el ojo, la boca de la multitud
se hamacaban en una mueca misericordiosa y piadosa.

Pero las muecas se hacían añicos contra el asfalto aceitoso
y regado por un sol de mala muerte

Ningún brazo de coraje
levantaba el cielo violento manchado de sangre.
Solo yo -junto a un árbol- clamaba por el hombre muerto:
¡Yo tengo la culpa!
Pero tenía las palabras sucias, impuras e indignas de ese muerto.
Él las rechazaría sí las oyera

porque era un hombre capaz de escupirle a Dios en su
/misericordia.

Esa estúpida misericordia de un enano Dios de barro
con su corte de arcángeles rufianes,
con su corte de vírgenes prostituidas,
porque era un Dios él mismo con su carne, su sangre y su
/entraña
que elaboraban el cielo violento de las malas palabras puras.

¡Ah! qué hermosa lección me ha dado este hombre
que hoy apagó su vida entre el fragor de la multitud atónita
contra el asfalto aceitoso
y regado por un sol de mala muerte.

Hermanos de las usinas, de las fábricas, de los talleres,
un camarada pintor os pide la palabra.
Una raíz ignorada me levantó las carnes
Ahora tengo el cielo violento que apuntalaba mi infancia
cuando apedreaba las vidrieras, la casa de los burgueses,
y el casco de los vigilantes
era un blanco magnífico para el envión de mi honda.

Hoy
un compañero albañil
se rompió la crisma desde un séptimo piso
contra el asfalto aceitoso
y regado por un sol de mala muerte.

[De: *Tumulto*]

Tumulto

Me trepan los insultos -mareas numerosas-
como trepan los hijos al cariño de un hombre.
Tengo las ansias llenas de ganarme en un grito.
Grito: ¡La vida es nuestra! y abro los horizontes.

Puertas de bronce viejo, de hierro remachado,
caerán cuando se agrupen las voces en un puño.
Hombres desvencijados, de espaldas a la vida:
así dancen las balas no serán de este mundo.

A los calvos de ideas, con sangre de pantano,
a los viejos que ensucian las palabras más altas,
les hago una advertencia: conmigo están los brazos
de aquellos que arrancaron de sus ojos las lágrimas.

La humildad -ese viejo mascarón- no hará suya
nuestra carne que es nudo de un clamor que echa ramas
y en sus climas oscuros, como a un árbol raíces,
nutren de savia pura los cuencos de su entraña.

Y ¡guay! del que esté en contra de nosotros, los pobres,
esos ríos de sangre, silenciosos y lentos,
que bajan hasta el pozo más hondo de la tierra,
que suben hasta el límite más alto de los cielos.

La vida es de nosotros los que hacemos la vida
a gotas de sudor, de ímpetu, de fuerza
y que jamás o nunca tenemos una cama
donde cavar la hondura de un vientre en primavera.

Nos vejan, nos explotan, nos reducen a cero,
si agitamos un grito de protesta nos castran.
Nos orinan la baba de un exiguo salario
y nos cuadran en leyes como a burros de carga.

Y hablan de La Piedad, de La Bondad, del Arte,
sacerdotes, artistas, profesores, poetas,
los que en nombre del pueblo se erigen en vigías,
¡esos hijos de puta con almuerzo y con cena!

Ah señor Jesucristo: no queremos tus frases
-panes sin levadura-, magníficas, humanas,
que no son más que frases pero que nos inhiben
y destapan, astutas, nuestros poros de lágrimas.

No queremos tus frases. Yo que vengo de abajo
y que anduve entre obreros con hambre y manos sucias,
que sé lo que es el mundo, este mundo de mierda,
te lo digo derecho: tus palabras son putas.

Al carajo con todas las parábolas bellas.
Al carajo con todos los escrúpulos sordos.
Presentemos las armas proletarios del mundo
y a tiro limpio, firmes, vaciémosles los ojos.

La vida es de nosotros, los que hacemos la vida
a gotas de sudor, de ímpetu, de fuerza,
y que jamás o nunca tenemos una cama
donde cavar la hondura de un vientre en primavera.

[En: *Tumulto*]

Un poema a las 6 de la mañana

Podría cantar la desalquilada vigilia de las prostitutas,
el motín callejero de los gorriones en la urbe.
de mis manos inválidas, de mis pies doloridos,
Pero el canto de un gallo
que abre la mañana con los dedos de un ángel sin aureola,
suenan en mi corazón -íntimamente-
y en mi sangre
alza su tono de armónica meridional
para recordarme que soy un hombre huérfano en mi ciudad.

Mi ciudad: La de las grandes riquezas y las grandes miserias.
La de los grandes chantajistas de guantes color patito:
Gerentes de banco. Presidentes de asociaciones patrióticas:
Directores de grandes rotativos. Críticos de Arte. Periodistas.

Urruchúa los pintaría con una ganzúa en los labios
y el alma junto a tu voz que enrula un tango de Filiberto.

Sé que me querrías si te hablara de amor,
aunque te desangres diez horas en una fábrica de tejidos
y sufres el asedio de un gerente mulato
-oblicuo como la sombra de una pared a media noche-
Porque tú necesitas un hombre, amiga, y yo necesito una mujer.

Fuente: *La Coctelera. José Portogalo, poeta de la luz*

Bibliografía

- 1933 - *Tregua*
- 1935 - *Tumulto*
- 1937 - *Centinela de sangre*
- 1939 - *Canción para el día sin miedo*
- 1942 - *Destino del canto*
- 1947 - *Luz liberada*
- 1949 - *Mundo del acordeón*
- 1952 - *Perduración de la fábula*
- 1955 - *Poema con habitantes*
- 1958 - *Letra para Juan Tango*
- 1968 - *Los pájaros ciegos y otros poemas*
- 2012 - *Tumulto*, reedición, Editorial Serapis.

Más información en Internet:

- Los grandes de la literatura rioplatense: José Portogalo
- José Portogalo en Wikipedia
- *Escribirte*
- <http://es.calameo.com/read/0019578306dc4b1275a17>
- José Portogalo, un poeta de la Luz, en El Ortiba
- <http://www.poesiagrupozero.com/seleccion/editados/2006/noviembre2006.htm>
- http://www.portalguarani.com/559_carmen_soler.html



Índice

3	Apunte biográfico de José Portogalo
5	Albañiles
3	Reseña biográfica del autor
7	Asaltamos el alba a tiro limpio
9	A una mano de jornalero
10	Canción con la muerte de un sueño
13	Canción de la Primavera del año 1934
15	Canto a mi pan
18	Cartel
20	Desdoblamiento
22	Elogio del esfuerzo
23	Film
25	Las voces
26	Los pájaros ciegos (selección)
34	Poema a Carl Sandburg
37	Retorno
39	Tumulto
41	Un poema a las 6 de la mañana
42	Bibliografía



Colección de Poesía Crítica
“Entre los poetas míos...”

1	Ángela Figuera Aymerich	35	Fadwa Tuqan
2	León Felipe	36	Juan Gelman
3	Pablo Neruda	37	Manuel Scorza
4	Bertolt Brecht	38	David Eloy Rodríguez
5	Gloria Fuertes	39	Lawrence Ferlinghetti
6	Blas de Otero	40	Francisca Aguirre
7	Mario Benedetti	41	Fayad Jamís
8	Erich Fried	42	Luis Cernuda
9	Gabriel Celaya	43	Elvio Romero
10	Adrienne Rich	44	Agostinho Neto
11	Miguel Hernández	45	Dunya Mikhail
12	Roque Dalton	46	David González
13	Allen Ginsberg	47	Jesús Munárriz
14	Antonio Orihuela	48	Álvaro Yunque
15	Isabel Pérez Montalbán	49	Elías Letelier
16	Jorge Riechmann	50	María Ángeles Maeso
17	Ernesto Cardenal	51	Pedro Mir
18	Eduardo Galeano	52	Jorge Debravo
19	Marcos Ana	53	Roberto Sosa
20	Nazim Hikmet	54	Mahmud Darwish
21	Rafael Alberti	55	Gioconda Belli
22	Nicolás Guillén	56	Yevgueni Yevtushenko
23	Jesús López Pacheco	57	Otto René Castillo
24	Hans Magnus Enzensberg	58	Kenneth Rexroth
25	Denise Levertov	59	Vladimir Maiakovski
26	Salustiano Martín	60	María Beneyto
27	César Vallejo	61	José Agustín Goytisolo
28	Óscar Alfaro	62	Ángel González
29	Abdellatif Laâbi	63	Manuel del Cabral
30	Elena Cabrejas	64	Endre Farkas
31	Enrique Falcón	65	Ana Ajmátova
32	Raúl González Tuñón	66	Daniel Bellón
33	Heberto Padilla	67	José Portogalo
34	Wole Soyinka	68	Fausto Aguilera

Continuará...

Cuaderno 67 de Poesía Social

JOSÉ PORTOGALO

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

Febrero

2014

⊗